

ZOO DOMÉSTICO

Su perro, ese amigo desconocido

Todas las razas obedecen, casi por igual, a una serie de leyes universales de conducta

KEN SEWELL

En nuestro planeta, hace 600.000 años, tuvo lugar un acontecimiento trascendental cuyos efectos implicarían, mucho después, la adopción masiva de un individuo de otra especie en el núcleo familiar humano: se terminó de estabilizar la configuración física actual del lobo salvaje y su jerarquizada estructura social.

El proceso de domesticación de este experto cazador de grandes herbívoros comenzó quince mil años antes de nuestra era, con la inserción esporádica y fortuita de pequeños lobeznos en las hordas de nómadas que poblaban la Tierra. Los que no sucumbían ante la brusca manipulación de los curiosos eran sometidos a las exigencias cotidianas del campamento. Los que se volvían conflictivos eran ahuyentados o muertos a golpes.

La mano del hombre había empezado a ejercer su presión sobre un cuadro de comportamiento salvaje que pronto daría muestras de ofrecerle pautas de gran utilidad, a cambio de un sustento parco, pero rutinario.

La inercia genética, que impulsa a futuras generaciones de individuos a obrar como sus antecesores, presentaba, en el caso de los lobos nacidos en cautividad, grandes similitudes con la predisposición humana para la caza y la vida en grupo estructurado.

A medida que iban transcurriendo los siglos, tanto el ser humano como el ser canino desarrollaron una mayor matización de comportamiento social, que trajo consigo su actual grado de compenetración.

Aunque la multiplicidad de variaciones estéticas que ostentan las razas caninas hoy en día parece desmentir la existencia de un antepasado común, la observación de cualquier perro de compañía que frecuenta nuestro entorno delatará una historia profundamente arraigada en la manada territorial.

Ha sido, nuevamente, la influencia humana la que ha potenciado notables divergencias morfológicas a partir de los ténues contrastes originales que se debían a condiciones medioambientales dispares. Todas las razas caninas obedecen, casi por igual, a una serie de leyes universales de conducta. Es solamente en el reducido espacio de la vivienda urbana que las otrora insignificantes diferencias comienzan a ser decisivas.

Al igual que levantar una pata trasera para orinar, cometido atávico del macho en la se-



Husky siberiano de un año. Esta es la raza canina que guarda mayor parentesco con el lobo

ñalización de los dominios del grupo, hasta la imitación ritualizada del inofensivo cachorro, empleada por el adulto sumiso para calmar la irritación de un superior, todo el repertorio instintivo del can gira en torno al centro neurálgico caduco de una supervivencia basada en la sociedad cinegética.

Sin embargo, con la transformación vertiginosa del único contexto para el cual nuestro compañero ya disponía de una experiencia probada, seis mil siglos de tradiciones prácticamente inalteradas perdieron, de repente, su utilidad, dado que el perro doméstico no contaba con la amortiguación de una cultura transmisible para reducir el impacto. La transición del monte al asfalto, de la libertad a la reclusión y del intercambio social con dueños bienintencionados, pero a menudo mal informados, no siempre se resuelve felizmente.

La frecuencia del empleo de recursos milenarios destinados a suprimir el foco de desavenencia -el abandono y la eutanasia- atestiguan una carencia grave de información objeti-

va en el ámbito de la convivencia. En su lugar, abundan los consejos contraproducentes que, además de exacerbar situaciones que de por sí ya son bastante problemáticas, implican la frustración de creer tener una solución, pero de no saber aplicarla correctamente.

Ante todo, hay que saber que el perro, como ser vivo, debe realizar ciertas funciones propias de su especie para alcanzar un nivel aceptable de bienestar corporal. Los alimentos que ingiere producen energía y, si el animal no quema calorías de modo lícito, éstas acabarán espontáneamente al servicio de actividades prohibidas. El can que sale a primera hora de la mañana para jugar con

otros perros en el descampado del barrio probablemente no se dedicará a morder los muebles u otros elementos del hogar cuando su dueño se marche. Si, además, dispone de alguna distracción como un hueso adecuado, preferirá roer en él, sobre todo si solamente tiene acceso a este placer cuando está solo.

La interacción intensa con el ser humano logra el mismo resultado con una ventaja im-

portante: crea apego. Esto significa que el perro, cuya vida se desenvuelve alrededor de la figura central de su amo, no incubará el afán de ignorarlo o de escaparse. El compañerismo, como la autoridad, se gana a pulso.

En cuanto a las necesidades fisiológicas del can, el encauzamiento de las costumbres deseadas es cuestión de simple vigilancia. Un rasgo innato en su carácter nos ayudará si lo nutrimos estratégicamente: el perro tiende a alejar la ubicación de sus excrementos de los lugares donde come, duerme y descansa. Claro que, si no estamos en casa, no podremos controlarlo en el único momento oportuno. Todas las medidas desincronizadas con la acción por modificar quedan anuladas por un simple motivo: nuestro mejor amigo no habla nuestro idioma. Evidentemente, no podemos explicarle nada con palabras, pero sí con secuencias de hechos repetidos de idéntica manera, que favorezcan la consecución de nuestros propósitos.

Nosotros conocemos los mecanismos de la vida solamente desde el punto de vista humano. Es lógico, por tanto, que tendamos a humanizar el comportamiento canino, adjudicándole capacidades que son patrimonio exclusivo del hombre. El perro es un ser primario, incapaz de hacer abstracción de su más inmediato presente para construir puentes hacia el pasado o hacia el futuro. Desconoce el pensamiento, el entendimiento y el saber. La simultaneidad será, entonces, nuestro más valioso aliado en cuantos proyectos emprendamos con el fin de fomentar o inhibir rasgos de comportamiento en nuestro perro. Las reacciones humanas y horarios previsibles constituyen el segundo factor que facilitará el acostumbamiento, evitando el peligro de actuar de una manera que suscite el desconcierto: principio de la injusticia.

De la misma forma que nadie puede examinarse por nosotros del carnet de conducir, de nada nos servirá que otro aprenda a "llevar" nuestro perro, especialmente cuando, para ello, estamos obligados a separarnos de él, sin poderle explicar que algún día volverá a casa.

Tener un perro no es complicado, pero exige el cumplimiento de unos requisitos fundamentales que constituirán los baluartes de una feliz convivencia que, si realmente lo es, lo será para ambos.

Si hay serias dudas en cuanto a las posibilidades de satisfacer las necesidades básicas del animal será mejor esperar, quizá pensar en otro animal que requiera menos atenciones o abandonar una empresa que, como promedio, le comprometerá durante diez años.

Afortunadamente, usted cuenta con un don singular que le sitúa por encima del resto del reino animal y que, a la hora de tomar tan importante decisión, puede significar la diferencia entre el acierto y el error, porque le permite pensar, dejarse aconsejar y prever la trascendencia de sus actos. Usted tiene la palabra. ●

El perro, como ser vivo, debe realizar ciertos actos propios de su especie para alcanzar un bienestar corporal idóneo

O R D E N A D O R N T - 2 8 6 / 4 0 0

NETSET
INFORMATICA Y COMUNICACIONES

- AT-286 a 12 MHz con 0 estados de espera.
- 1 Mb de memoria, ampliable fácilmente a 4 Mb.
- 1 Floppy de 1.2 Mb de alta densidad.
- Tarjeta vídeo dual CGA/MDA.
- Teclado expandido de 102 teclas.
- Opción para incorporarle con discos duros de 20, 40, 90 y 180 Mb de muy rápido acceso.
- MS-DOS 4.01 en castellano.
- GW BASIC

DESDE
149.000*

* PVP, IVA no incluido. No incluye monitor, posibilidad de elección entre 4 monitores NETSET diferentes.



CSEI Comercial de Sistemas Electrónicos Ibérica, S.A.

08908 HOSPITALET DE LLOBREGAT (Barcelona) - Pol. Gran Via Sur - Antigua Cir. del Prat, s/n. - Tel. (93) 336 33 62 - Fax 336 60 06
 Opl. Comercial (93) 263 13 30 - Fax 263 02 60
 28020 MADRID - Manuel Luna, 29 - Tel. (91) 571 00 33 - Fax 571 52 90 • 46007 VALENCIA - Bailén, 34 - Tel. (96) 341 61 11 - Fax 341 64 10
 48930 LAS ARENAS (Vizcaya) - Máximo Aguirre, 22 - Tel. (94) 463 03 88 - Fax 464 85 67

TODO EL TIEMPO CON
TODO DETALLE

Cada día en la Revista

